

LA FRONTERA DEL IMPERIO PERSA: CONSTANCIO II Y HERACLIO

Javier Arce
C.S.I.C.

"Ningún príncipe romano logrará ir más allá de Ctesifonte". Esta profecía se encuentra en un panfleto entre divertido e insidioso escrito a fines del siglo IV d. C. Naturalmente, está hecho a posteriori. Ctesifonte —hoy muy cerca de la capital del Irak, Bagdad— fue durante algún tiempo la capital del Imperio persa o sasánida después. Ni Craso, ni Septimio Severo, ni Juliano —los más agresivos, los más impetuosos— lograron sobrepasarla. Su fantasmagórica arquitectura, de enormes esferas sobre los tejados, se puede ver adornando el Arco Severiano del Foro de Roma. Juliano celebró su cumpleaños a los pies de sus murallas. El Emperador Caro cayó fulminado por un rayo ante sus puertas. Pero ni uno ni otro lograron ver más allá de su puerta oriental. Lo que no sabía el falso profeta era que después de él su predicción también sería verdadera: ningún Emperador romano por fuerte, grandioso o megalómano que fuese, perteneciente al Imperio Occidental o al ya casi bizantino de Oriente, consiguió nunca ir más allá de Ctesifonte. Ni siquiera Heraclio, que en su furor bélico, arruinó el Imperio sasánida. Ctesifonte y la profecía del anónimo autor de la *Historia Augusta* son, en cierto modo, el símbolo del enfrentamiento entre Roma y Persia.

Trataré de hacer en este pequeño ensayo un paralelismo entre dos políticas completamente diferentes y opuestas llevadas a cabo por dos Emperadores romanos alejados en el tiempo (Constancio II, segunda mitad del siglo IV y Heraclio, comienzos del s. VII), pero ambos pertenecientes al pre-imperio bizantino, que tuvieron una obsesión

común: el Imperio persa y su frontera. Ambas representan dos modos distintos de entender las acciones militares en la frontera y dos modos de resolverlas. Los resultados, las consecuencias, completamente distintas. La base substancial que las anima, las misma: no es la política exterior calculada desde los centros de operaciones de retaguardia o desde la acción diplomática de segundas intenciones. Son simplemente impulsos conyunturales que se adaptan a las condiciones del momento. El Emperador romano está desprovisto del sentido moderno de la estrategia de largo alcance. Acude, simplemente, al frente donde es requerido por razones políticas, de propaganda o simplemente, de subsistencia. No obstante, por unas o por otras, hay quienes adoptan un sistema y hay quienes deciden el opuesto.

Lo que se entiende leyendo las fuente contemporáneas es un hecho: Persia es el enemigo supremo, el mejor enemigo —como diría el Emperador Juliano en una carta. Y así, el enfrentamiento entre Roma y Persia fue —en época romana— a la vez épico y obsesivo. Nunca resuelto. Conquistar Persia es el gran sueño del Emperador romano: sabemos por Suetonio que Julio César murió con el proyecto de conquistar el territorio parto. Trajano perdió la vida fracasado, al regreso de su intento. El megalómano Caracalla quiso —mediante el matrimonio con la hija del Rey de Persia— imitar a Alejandro una vez más. Septimio Severo cayó herido en el asalto a la enigmática Hatra, ciudad del sol y del desierto. La muerte del gran Constantino sobrevino cuando estaba ya en camino hacia el Oriente con toda la parafernalia de su ejército cívico-religioso.

La batalla de Carræ —en la que Craso perdió los estandartes romanos— fue un hito decisivo en la Historia Romana. Siempre hubo un motivo para la incursión o para la venganza. Recuperar las águilas romanas sagradas, en ocasiones: su expresión simbólica iconográfica se recuerda triunfante en la coraza del conocido Augusto de Prima Porta. Buscar nuevos caminos a la expansión económica y el abastecimiento de recursos, en otras: la numismática recuerda la creación del gran puerto hexagonal de Ostia en época de Trajano como base de operaciones para la flota que se movía en el mar arábigo. El espíritu de cruzada y el de la defensa de los cristianos de más allá de las fronteras romanas, animó a Constantino: su larga carta a Shappur así lo anuncia. En fin, el mantenimiento del *status quo* da origen a toda clase de preparativos y organización de líneas defensivas. La

historiografía romana es testigo evidente de que cada vez que se produce una actividad militar en la frontera persa, o se prepara una gran expedición, emerge y se engendra un prolífico género literario, el de los tratados de táctica y el de los consejos prácticos: sólo así se comprenden Arriano de Nicomedia, Celso el Táctico, el *Breviarium* de Rufo Festo y tantos otros, conservados o no. Los romanos, por otra parte, eran bien conscientes de que su enemigo era formidable: un panegirista del siglo IV, Nazario, escribía en el 321: *Persae ipsi, potens natio, et postromanam magnitudinem, in terris secunda*.

Si el sueño o la obsesión del Emperador romano era Persia, no era muy diferente la reivindicación del Rey de los persas, partos, arsácidas o sasánidas: la misma, pero a la inversa. Nunca olvidaron recuperar las provincias occidentales que fueron parte del Imperio Aqueménida conquistadas por Roma tras la caída de los Seléucidas. Antioquía en Siria y Sais en Egipto eran sus límites. Y no sólo ellos: *ad usque Strymona flumen, et Macedonicas fines tenuisse maiores imperium meos ... haec me convenit flagitare*, escribe orgullosamente Shappur II en el 360 al Emperador Constancio. Los ejemplos podrían resultar prolijos y enojosos: Pacoro ocupó en el 40 a.C. Mesopotamia, Siria, Palestina y Asia Menor; Vologesses III en el 161 reconquistó estas regiones y sus tropas fueron aclamadas por sus habitantes como *liberatores*; Ardashir I invadió Mesopotamia de nuevo en el 230 reclamando a los romanos toda Siria y las provincias asiáticas. En el 239 Antioquía misma fue conquistada. Gordiano III la reconquistó para Roma. Con Filipo el Arabe hubo de hacerse un tratado que pusiera fin a las continuas hostilidades. Diocleciano pasó desde el 284 al 287 en las provincias orientales estableciendo una cadena de puestos defensivos, un *limes* perfectamente imbricado que sólo los vuelos aéreos de Poidebard en los años 30 han puesto de manifiesto en toda su dimensión. Diez años después de estas operaciones, en el 297, el general persa Nazes ocupaba Armenia, Oshroene, Siria y se aproximaba de nuevo a pocos kilómetros de Antioquía. La ocasión era propicia. Un poema épico, conservado en un papiro hoy en la Universidad de Estrasburgo, recuerda los diversos frentes en los que estaban ocupados al mismo tiempo los tetrarcas: Constancio Cloro en Britania, luchado contra el rebelde Caransio; Maximiano ocupado con su Marte Ibérico, contra francos y mauritanos; Galerio en el Danubio,

expulsando a los bastarnos y Diocleciano en Egipto. El más cercano debió de acudir a toda prisa a repeler la atrevida incursión persa. La grandeza de su triunfo —había llegado incluso a conquistar varias provincias trans-tigritanas— se esculpió en piedra sobre la vía Egnatia, en Tesalónica, en el justamente famoso arco de Galerio.

Consecuencia de esta victoria fue el establecimiento de lo que podemos denominar una vida fronteriza que permanecerá inalterada casi hasta la época de Heraclio en el siglo VII —con la excepción pasajera de la incursión de Juliano de cuyo significado, razón y alcance me he ocupado en otro lugar. De nuevo la capacidad y energía organizativa de Diocleciano hubo de desplegar toda su intensidad. De después del 298 datan la creación de la *strata diocleciana*, numerosos *castella* y torres de señales y defensa. En la retaguardia —si es que es lícito asignar a esta fecha el material informativo de la *Notitia Dignitatum* — se crearon *fabricae armorum* en posiciones estratégicas: Edessa, Damasco, Cesarea, Antioquía y Nicomedia. Se estableció que Nisibe fuese la única ciudad en la que se pudiera desarrollar el comercio y las transacciones comerciales. Pero su estatuto no duró, sino que se extendió pronto a otras ciudades de la frontera. En la *Expositio Totius Mundi*, escrita hacia el 358 por un mercader sirio, leemos que las regiones del Norte de Mesopotamia y la Oshroene mantenían un floreciente comercio, del que estaban excluidos el bronce y el hierro, por razones militares obvias. *Batnae* era un *municipium* lleno de mercaderes opulentos (*municipium refertum mercatoribus opulentis*), y Edessa, la ciudad sagrada, venía a ser una segunda Palmira.

Esta situación no se vio alterada, como he dicho, casi hasta la época de Heraclio. Porque la decisión o la incapacidad o la previsión de Constancio II entre los años 350-361 d. C. fue la de mantener los límites fronterizos tal cual los había dejado Diocleciano. Constancio II, hijo y heredero principal de Constantino, heredó igualmente el "problema persa", pero no desarrolló una política ofensiva. Entre los diversos juicios que los autores contemporáneos dan sobre él prevalece el significativo de *Aurelius Victor*, el de que fue *sustentator persarum*. Otros, Eutropio, Libanio, el propio Amiano, hubieran deseado una acción ofensiva más decidida. Este reproche se entiende por dos razones: una porque es en cierto modo un tópico en la historiografía latina (Fabio Máximo fue ya acusado de timidez y

dilación en sus acciones contra Anibal en el libro XXI de Livio); y otra poque los historiadores de Constancio lo son igualmente de Juliano, el agresivo, en el que ven el modelo —probablemente falso— de lo que debía ser la acción militar contra Persia. Conviene subrayar que junto a la opinión de la historiografía oficial que se nos ha transmitido, existía otra que representaba la idea contraria: la oposición en Constantinopla a la ofensiva de Juliano fue manifiesta —según testimonia Amiano; los libros Sibilinos recomendaban en Roma seguir los pasos de moderación de Constancio II. El número de *obtectratores* o disidentes alcanzaba incluso a antiguos e íntimos amigos de Juliano, como el *praefectus praetorio Galliarum*, Salustio. En definitiva, las acciones del Emperador Constancio II en la frontera persa, fueron sencillamente las de la contención y reforzamiento de las líneas de seguridad, acompañadas de una permanente vigilancia y presencia del propio Emperador. Una rudimentaria y elemental diplomacia completa el panorama.

Quien desee controlar una eventual incursión persa por una vía de fácil acceso, debe preocuparse por Armenia. Era por Armenia por donde preparaba Julio César su invasión y por allí tuvo lugar igualmente una parte de la acción militar de Marco Antonio. Constancio hubo de ganarse al rey de esta provincia mediante una adecuada política matrimonial que naturalmente le ocasionó el epíteto de "impío" por parte de su feroz detractor, Atanasio. El rey de Iberia fue igualmente comprado oportunamente.

La presencia personal del Emperador aparece ubicua durante todo el tiempo que duró su reinado: está tanto en Amida como en Bezbade, en Antioquía como en Nisibe. De hecho estas ciudades así como Antinunópolis, Reman o Busan, Barsalo o Calinico, Vista o Singara —todas ellas en la frontera Norte de Mesopotamia— fueron fortificadas o reforzadas. Todas ellas fueron visitadas por el historiador Amiano Marcelino contemporáneamente y reciben o los títulos de *castra praesidiaria*, o el de *monumentum robustum* o el de *praetenturae*.

"Ninguna tecnología es adoptada más rápidamente por el hombre de sus vecinos que aquella que se refiere a la propia conservación". Esta observación hecha por un gran especialista en los ejércitos fronterizos de la Mesopotamia tardo-romana encuentra su confirmación exacta en el reinado de Constancio II. El ejército romano

se transformó y adaptó a la vida de frontera. Cuerpo de ejército ya casi en desuso fueron reavivados y potenciados: *cataphractarios* y/o *clibanarii* así como los ἵπποτοξόται, arqueros a caballo, constituyen el elemento fundamental y más impresionante de las tropas del Emperador en un medio en que la lucha se ha de desarrollar, eventualmente, contra *clibanarios* y arqueros. Por otro lado el análisis sistemático de los contingentes trasladados o presentes en el frente Persa en época de Constancio, permite confirmar por un lado la diversidad de tropas auxiliares y por otro el elevado número de soldados concentrados, con una clara misión disuasiva. En el 348 Constancio incorpora a su ejército mesopotámico sus tropas auxiliares góticas. En el 359 traspasa contingentes del *Illyricum* a la frontera y el año siguiente suma a ellas tropas de escitas. Tropas galas, de Celtas y Bátavos se encuentran en Amida en el 359. En esta misma ciudad se encontraba la *legio V Parthica* a la que se añadía una turma que según la *Notitia* era la turma formada por *equites sagittarii indigenae Arabenses*, estacionada en Charcha. En Singara encontramos en el 360 dos legiones: la *I Flavia* y la *I Parthica et indigenae plures cum auxilio equitum*. En Bezabde había tres legiones: la *II Flavia*, la *II Parthica* y la *II Armeniaca*, a las que se añaden arqueros zabdicenos en cantidad elevada (*cum sagittariis pluribus zabdicenis*). Pero el grueso y el contingente mayor del ejército se hallaba en Nisibe. La táctica de este ejército era exactamente la misma que la del enemigo sasánida y está descrita por Libanio que, residente en Antioquía, estaban bien informado de lo que sucedía en la frontera: εἰ φανεῖεν οἱ πολεμίαι, φεύγειν —en cuanto aparecía el enemigo, huir, no presentar batalla nunca. Así Constancio II, durante 20 años consecutivos no perdió más que dos ciudadelas, Reman y Busan, y dos ciudades, Singara y Bezabde. Pero la penetración en territorio romano por parte de los sasánidas entre el 338 y el 350 no fue más allá de 15 km.

Hay un factor muy importante en el desarrollo de la actividad fronteriza de Constancio II en relación con el Imperio sasánida que, para terminar este rápido análisis, debe destacarse porque explica la acción del Emperador Heraclio y permite comprender por un lado lo que decía al principio de que la "política" de los Emperadores romanos

en este aspecto es una improvisación coyuntural, y por otro permite entender por qué Heraclio, aun habiendo acabado con el poderío sasánida —su mayor gloria de Emperador bizantino— se equivocó de enemigo.

Las tribus del desierto de Siria y Arabia eran en el siglo IV d. C. un conglomerado inconexo, aisladamente poco peligroso militarmente, pero un formidable enemigo en potencia. Su carácter anárquico, su vida nómada permanente, su incapacidad de conservar la palabra dada o de cumplir los pactos o alianzas, su adaptación al terreno y su resistencia, su colaboracionismo ora con unos ora con otros, hacían de ellas el enemigo pequeño (que no existe) que podía desbaratar una caravana vital o, incluso, un ejército organizado. El autor de la *Expositio Totius Mundi* dice hablando de las tribus árabes de su época (358 d.C.): *pasan la vida fiándose exclusivamente del arco y de la rapiña. Se asemejan a los persas porque no mantienen los pactos.* Amiano los llega a denominar *natio perniciosa* y los define con la expresiva frase: *vita est illis semper in fuga*, su vida consiste siempre en huir. El poderío árabe, el papel histórico fundamental que desempeñaría después —de largo y profundo alcance— se estaba gestando en el Bajo Imperio Romano en un modo que sólo el historiador moderno es capaz de vislumbrar. Las observaciones etnográficas de los más avisados historiadores romanos llegaron tentativamente, al menos, a entrever el futuro quizás ingenuamente: "Los sarracenos, no obstante, no han sido nunca ni nuestros amigos ni tampoco nuestros enemigos declarados".

Cualquiera que fuese la política romana hacia Persia debía tener en consideración seriamente sus relaciones con estas tribus —de las que saldrá un día Mahoma— que pertenecían a una tierra de nadie, pero que estaban siempre dispuestas a cambiar de aliado. Es digno de señalar que en su penetración hacia Mesopotamia, las legiones romanas invadieron más si cabe su territorio que el propio de los Persas. Contra ellas se construyó y estableció el *limes arabicus* —todavía activo en época del historiador bizantino Malalas—. Recientes estudios sobre la importancia de estas tribus concluyendo que "el desarrollo del sistema de fortificaciones debe ser considerado la respuesta acumulativa a la persistente y permanente presión de las incursiones de las tribus del Norte de Arabia más que una decidida respuesta al

poderío persa del siglo III". La alianza con ellas o su sometimiento eran decisivas. La conferación tamudica, conforme a la cual, tribus en calidad de *foederati* resultaron de gran utilidad para los intereses romanos patrullando el Wadi Ramm o la región de Hisma, es una prueba de ello. Diocleciano prefiere castigarlas ejemplarmente. Constancio II, como testimonian Libanio y el propio Juliano, fue capaz, nada más llegar al poder, de ganárselas a su causa y de utilizarlas contra los propios Persas. Pronto, sin embargo, al menos algunas de ellas, estaban entre los auxiliares del sasánida Shappur II: fue un Taienos quien asestó el golpe mortal a Juliano en el enfrentamiento con el ejército persa. Taienos es la versión griega del siríaco *tayyaye* que es el equivalente al común *sarakenoi*, sarraceno, utilizado en el siglo IV. En cualquier enfrentamiento con Persia, el Emperador romano, a partir del siglo III, debía tener en cuenta ampliamente a las móviles tribus del desierto. Y esto fue lo que *no* hizo el Emperador Heraclio.

Cuando llegó al poder Heraclio, a comienzos del siglo VII, noble armento, 35 años, rubio, de ojos azules, tetrámorfos, semejante al cuadrado geométrico —como lo describe su amigo, panegirista e historiador, Jorge de Pisidia—, los sasánidas continuaban aún en el trono del Imperio Persa. Cosroes II, —“un hombre inmortal entre los dioses y un dios poderoso entre los hombres, poseedor de una fama sublime que se levanta con el sol y que presta sus ojos a la noche”; “ el rey iranio que destacó más por su bravura —como señala el cronista Al-Tabari— por su prudencia y por sus lejanas expediciones guerreras ... el Abarvez, esto es, el victorioso”, —seguida soñando, como su antecesor equivalente, Shappur II, en dominar más allá de sus fronteras, en recuperar el esplendor aqueménida por el Norte, y por el Occidente hasta Egipto. La situación en la frontera no había cambiado esencialmente desde el tratado de Nisibe, esto es, más o menos, desde Constancio II. Si cabe, se había reforzado por parte romana. Justiniano, al igual que Diocleciano y Constancio, había reforzado y multiplicado la defensa, sin extralimitarse en sus objetivos. El rosario de construcciones y reconstrucciones enumerado en el tratado *De Aedificiis* de Procopio basta para confirmarlo. Pero el enemigo sí había cambiado. Religión, superstición y pasión condicionan la acción histórica de Heraclio. El enemigo es ahora un hidrófobo —una profecía le había vaticinado que moriría ahogado y por ello hizo rodear

de diques todos los pozos y cisternas de Constantinopla; un hombre indeciso y con remordimientos por su matrimonio —calificado de incestuoso por el patriarca Sergio— con su sobrina, la bella y sensual Martina, que además ejerce un control total sobre sus movimientos; un hombre sujeto a grandes depresiones o a entusiasmos definitivos. Un Emperador atezado por la crisis económica, la ruina total de sus finanzas, y por la autoridad suprema de la jerarquía eclesiástica que dirige, anima y financia sus acciones, según sus propios intereses.

Las guerras y conquistas de Heraclio, ofensivas, continuas, que acabaron ciertamente con el Imperio de Cosroes II (y con ello con la dinastía sasánida prácticamente), impresionaron muy favorablemente tanto a sus historiadores contemporáneos como a los posteriores. Guillermo de Tiro —el más importante historiador de la Primera Cruzada— escribió en el siglo XII un relato de la guerra persa del Emperador bizantino Heraclio. Su libro, en la traducción francesa, se conoció con el título de "Libro de Heracles". La coincidencia no es ni desafortunada ni, quizás, fortuita. Heraclio fue un nuevo Heracles, esforzado y desgraciado a la vez, sacrificado campeón de una causa perdida e inútil. Pero de quien fue modelo y héroe es de toda la epopeya de los Cruzados. Heraclio es el primer Caballero, el primero de los Cruzados. Cuando los ejércitos de Cosroes, al mando de su general Sabaraz, invaden Siria, aprovechando de la debilidad interna de Antioquía, y simultáneamente Damasco, el camino hacia Palestina quedó abierto: la ruta hacia Egipto pasaba casi necesariamente por Jerusalén. La destrucción, conquista, matanza y robo de las Santas Reliquias —transportadas a la capital Ctesifonte— en 614, electrizaron a la cristiandad. Solo se salvó la Iglesia de la Natividad —en Belén— porque los mosaicos sobre su puerta representaban a los Reyes Magos en traje Persa. Heraclio se convirtió, por fuerza de los acontecimientos, por presiones y combinaciones eclesiásticas, en el gran vengador que debía reconquistar y defender al pueblo de Dios. El Emperador bizantino se sentía "descendiente de los romanos que antiguamente destrozaron con sus armas a todos sus adversarios", pero, especialmente, defensor de la cristiandad bajo la protección de Cristo y la Virgen "aliada invencible del Emperador y colega suyo en el mando de los ejércitos". Ambas ideas se encuentran subyacentes en las acciones militares de agresión del Emperador Heraclio. Los persas habían llegado al máximo de sus posibilidades, nunca antes logradas con

ningún Emperador romano: Después de Jerusalén, Pelusion y Alejandría —su inmenso tesoro "voló" a Ctesifonte y su patriarca, a Chipre—; y luego Etiopía; y aún más hacia Occidente: hasta la Cirenaica, como si los persas desearan borrar todas las huellas del gran Alejandro, que había visitado el oráculo de Amón en el Oasis de Siwa: el trofeo más occidental de Cosroes se estableció en la actual Trípoli. La observación de E. Gibbon a este propósito contiene todo el sabor apocalíptico de su *Historia*. "Y si Cosroes hubiera tenido el mínimo poderío marítimo, su ambición incontrolada hubiera derramado esclavitud y desolación sobre todas las provincias europeas" (vol. V, p. 77).

La respuesta de Heraclio fue la guerra. La guerra santa y religiosa. La recuperación de la cruz y sus reliquias. En el fondo subyacía otra realidad: la necesidad perentoria y elemental de riqueza, de botín, de saldar las deudas con la iglesia que había sufragado las expediciones. Estas se encuentran detallada y contradictoriamente relatadas en los historiadores bizantinos y orientales. La tercera, la última, la gran ofensiva contra Persia se realizó por Armenia, siguiendo los pasos de Pompeyo, de Lúculo, de Marco Antonio y los que hubiera seguido Julio César. La victoria sistemática le acompañó. Tras la toma de Nínive, pudo apoderarse de gran parte del tesoro de Ctesifonte y de los símbolos cristianos. Pero no conquistó la ciudad. Sin embargo el triunfo constantinopolitano fue memorable. Embajadas de felicitación llegaron desde la Galia o desde la India. Con ellas llegó también una carta de un individuo que se llamaba a sí mismo Profeta de Dios —estamos en el 629— en la que invitaba al Emperador victorioso a unirse a su fe. Heraclio, obviamente, no hizo caso. La guerra santa y religiosa había olvidado la difícil y arriesgada trama del conjunto local, aparentemente minoritario, pero que resultaba fundamental. Las tribus árabes del desierto sirio y arábigo comienzan aquí mismo su expansión. EL 20 de agosto del 636 los ejércitos bizantinos fueron derrotados definitivamente en las riberas del río Yarmuk. Heraclio, que se hallaba en Antioquía cuando recibió la noticia, y desanimado y oprimido por el remordimiento, optó por embarcar hacia Constantinopla diciendo un adiós, un largo adiós a Siria —como le reprocha Miguel el historiador. Los musulmanes conquistan Antioquía en el 638. Cesarea al año siguiente. En la misma fecha penetran en Egipto. En el 651 habían llegado hasta el Oxus y Afganistán. En el 711

hasta la Península Ibérica. Su dominio se extendía ya desde la India hasta los Pirineos. Fueron ellos los que sobrepasaron Ctesifonte. Fueron ellos los que conquistaron el Imperio Persa; no los romanos, ni los bizantinos. Heraclio se había equivocado de enemigo: había vencido a Persia, cuando había que combatir al Islam.

Es relativamente fácil juzgar estos hechos desde la perspectiva actual. Pero lo que resulta evidente es que la política ofensiva de Heraclio, como la de muchos de sus antecesores, no estaba dictada por ninguna estrategia premeditada o calculada: estaba dictada por la coyuntura de una serie de factores concretos a los que no son ajenos la falta de recursos, la falsedad de la propaganda religiosa y los propios problemas políticos internos. Su victoria sobre Cosroes fue una victoria pírrica. La mejor política, sin serlo, en la frontera persa, resultó ser la política machacona y previsor de Constancio II, que tampoco, por otro lado, estaba dictada por razones de estrategia militar o diplomática. Simplemente, había que acudir a donde era necesario. Y medir la fuerzas. Los héroes sólo sirven para la leyenda.

A pesar de todo, hay elementos positivos históricamente en ambos procesos analizados aquí: ambos Emperadores crearon, probablemente de forma inconsciente, un abigarrado y complejo mundo de características históricas peculiares, en el terreno cultura, literario, económico y político: el de la frontera del Imperio Persa.